

# RECUERDOS VICENSES

*Fragmentos de un libro de memorias dejado inédito por el autor*

## LA PEQUEÑA ESCUADRILLA

Mi padre nació en Vich, en el año 1852.

Su cuna fue mecida por la canción amorosa de una madre catalana. Su padre, dedicado al negocio de construcción de casas, había edificado materialmente muchos hogares en el país, incluso el suyo propio, donde encendió el fuego familiar de su numerosa progenie.

Aquella era una época fecunda y llena de savia que anunciaba la primavera del Renacimiento de Cataluña.

La cuna de mi padre fue mecida al ritmo de esa canción primaveral, al mismo compás de otras cunas esparcidas por la ciudad y en las cuales se adormían pequeños seres destinados a destacar, en lo futuro, sobre la masa anónima. Era una pequeña escuadrilla de frágiles bajeles que comenzaban, en un mar incierto, el viaje de la vida en una tierra aletargada y llena de inquietud recóndita, donde las ternuras y las canciones habían muerto y los hombres, endurecidos en el trabajo tenaz, eran hoscos y poco cordiales.

Cataluña era un árbol reseco y nudoso que había dejado de chupar la savia de la tierra, de hender sus raíces en el corazón del país y quería alimentarse, en su turbación, del aire esplendoroso del cielo y del polvo áureo que traía el viento de más allá del horizonte.

Esta ventolera no llegó, sin embargo, hasta el corazón del país, hasta esa plana de Vich, donde se mecía la cuna de mi padre.

Aquellos pequeños argonautas que comenzaban el viaje de la vida en sus frágiles navecillas, respiraron el aire puro de su patria mientras escuchaban las primeras canciones del mecer maternal. Esas cunas catalanas, tan semejantes a un ataúd que espera la tapa, como si el símbolo de la vida que comienza, involucrase en él la idea de la muerte futura, llevaban una esencia honda y gloriosa en su fragilidad.

De aquellas cunas que comenzaron juntas el viaje, había de brotar, con la fuerza de la juventud, la gavilla áurea del renacimiento literario de Cataluña.

Mientras mi abuela mecía en Vich la cuna de mi padre, en Folgueroles, en un hogar pobre y oscuro otra madre humilde que llevaba nuestra misma sangre y nuestro mismo apellido familiar, mecía la cuna de Mossén Cinto. Y en otros hogares de la ciudad, en otros barquichuelos de la infancia, comenzaban a despertarse las almas de otros infantes que llevaban los nombres, entonces ignorados, de Collell, Camp-Sangles, Genís, Masferrer, Salarich y todos los que más adelante, en su juventud apasionada, debían formar el Esbart de Vich, magnífico florón abierto en el renacimiento de Cataluña.

Una de esas cunas, salvada de los vajvenes familiares, cubierta con una rama de laurel, reposa ahora como el feretro de un niño en la vitrina de un museo. Es la cuna de Mosén Cinto, la cuna simbólica que parece reunir en ella, bajo una misma canción maternal extinta y cubrir con su gloria inmarcesible, las infancias ya lejanas de todos los que formaron el Estart de Vich.

### UN ESTUDIANTE DE VICH

Delante de la Catedral de Vich hay una plazuela. Acacias tristes crecen en el centro. El suelo es amarillo, arenoso y en los rincones se cubre de un musgo verde.

La fachada del templo es pálida, lisa, sin expresión. La puerta formada por grandes hojas grises, salpicada con las cabezotas de múltiples clavos negros, se abre de un modo solemne al interior vasto y abovedado, antes blanco, ahora animado con los colores tumultuosos, ocres violentos, azules de cobalto, minios ardientes, oros y cobres de las espectaculares pinturas de Sert.

En torno a la plazuela, las casas son viejas, se apoyan unas en otras, como temerosas de derrumbarse; las ventanas pequeñas y profundas, de turbios vidrios, son como las pupilas despulidas de los ancianos. En los portales se inician las escaleras oscuras, empinadas y por aquellas escaleras baja una sombra espesa y viscosa. Algún gato sentado en la entrada, permanece inmóvil. De cuando en cuando, una vieja cubierta la cabeza con un pañuelo negro, sale de una de esas puertas, anima la plazuela con su silueta monjil y se pierde por una de las callejas vecinas.

En un rincón de esa plazuela, hay una casa cuya fachada gris aparece llena de ronchas, comida por el tiempo. Las ventanas encuadradas en una greca amarilla, remedan grandes ojerías y el alero pone sobre ellas una ceja única, dando a la casa una expresión preocupada. La puerta se abre con una mueca irónica i dentro de la entrada se enrosca el pasamanos de hierro como una planta trepadora muerta de asfixia.

En el recibidor, en la pared encalada que azulea en la penumbra, hace más de medio siglo había una percha de largas astas de madera pintada de verde. En una de estas se hallaba ensartado un absurdo sombrero de copa, medio pelado como perro callejero y junto a ese sombrero pendía una capa parda deshilachada, con vueltas negras. El sombrero y la capa parecían un fantasmón ahorcado entre sillas de enca.

Ese sombrero y esa capa, formaban parte de una tradición. Eran el atuendo inconfundible indicador de que en aquella casa triste, vivía un estudiante del Seminario de Vich.

Este estudiante había de ser, con el tiempo, mi padre.

Muchas veces contemplando esta casa en la que hace ya luengos años dejó de habitar la familia, me he esforzado en imaginarme a aquel jovencito delgado y fuerte, de ojos chispeantes y negrísimo cabello.

¿Qué ventana sería la del cuarto? ¿Detrás de qué vidrios aparecería su cara

para contemplar un momento esa plazuela desierta, esas acacias mustias, esa fachada pálida de la Catedral de Vich?

¡Qué cosa más triste es contemplar como el tiempo todo lo borra, todo se lo lleva sin dejar recuerdos ni huella! Hace más de medio siglo vivía allí un estudiante del Seminario, subía y bajaba aquella escalera oscura, colgaba su sombrero y su capa de aquella percha y deambulaba por las calles de la ciudad por las cuales ya no circula ahora ningún habitante de aquellos tiempos.

Allí había una mesa, un fintero roñoso, una estrecha cama, un baúl, unas estampas pegadas en la pared, un muchacho que estudiaba latín y Teología. ¿Cuántos han estudiado después en aquellos libros tradicionales? Todo esto tan sencillo, tan corriente, se ha hundido en el misterio, ha naufragado en la lejanía y por más que me esfuerce en asimilarme aquella vida de la cual hoy soy un fragmento, en hacer renacer aquel ambiente, en adivinar las inquietudes que pasaron, sólo puedo decir: «Aquí está la casa», como Hamlet dijo con la calavera de Yorik en sus manos: «Aquí estaban los labios que me besaban».

### EL TESTIMONIO DE UNA PIEDRA

Si yo sé de un modo sentimental que mi padre siendo niño y después estudiante vivió en aquella casa triste, es por el testimonio de una piedra.

Una vez, cuando mi padre era muchacho, bajó las escaleras de aquella casa y encontró escondidos detrás de la puerta de la entrada, un pico, una paleta, un cubo lleno de argamasa y otros útiles de trabajo dejados allí por los obreros de mi abuelo.

El niño se sintió entonces albañil. Salió a la plazuela, arrancó con el pico una piedra de los escalones de la Catedral, la llevó a la entrada. Abrió en la pared, detrás de la puerta, un profundo agujero, metió la piedra allí y con la argamasa que había en el cubo, la dejó solidamente unida al muro. Luego, plantó su mano abierta en la argamasa blanda.

Fue un juego, como tantos otros que se les ocurren a los muchachos.

La puerta abierta ocultaba el muro y la piedra. El muchacho no se acordó más de aquel juego infantil.

Pasaron cincuenta años, uno tras otro, invisibles y sin sentir fueron colocándose por aquella escalera oscura.

En uno de nuestros viajes a Vich en compañía de mi padre, nos hallábamos en la plazuela de la Catedral. Mi padre me señaló la vieja casa y de pronto le vino a la memoria un juego de su lejana infancia.

Me contó el hecho y fuimos a mirar con curiosidad detrás de la puerta.

La piedra continuaba allí, clavada en el muro. En la argamasa endurecida, aparecía grabada profundamente la huella de una mano infantil.

Poseído de una emoción profunda, miré a mi padre. Le miré como no le había mirado nunca, casi con piedad. Tenía la barba blanca, el cabello gris, el rostro pesado y curtido. Me apareció de pronto en toda la ruina de su ancianidad venerable.

El reía con satisfacción, como si hubiese encontrado de pronto un tesoro perdido. Luego quedó pensativo y nos alejamos en silencio de aquel lugar.

## EL JARDIN DE LAS MONJAS

La estrecha escalera que conducía hasta el desván era muy oscura.

La puerta se cerraba con un largo aldabón de hierro mohoso que chirrió agriamente al descorrerse. Junto a la puerta, en la pared encalada, aparecía dibujado con lápiz, medio borroso, un pequeño monigote trazado por una mano infantil. Alto sombrero de copa, vientre circular, patas de gallina. ¿Qué mano de niño había dibujado aquel mamarracho? Tal vez era yo mismo y no me acordaba. Tal vez había sido mi padre. Los dos, en nuestra pasada niñez, habíamos subido y bajado por aquella escalera, siempre con cierto temor, pues las sombras acurrucadas en aquel lugar, aparecían como los fantasmas vivos de muchas cosas olvidadas.

Entré en el desván.

En el suelo había una golondrina muerta. La cogí con pena por la punta de un ala y la eché al jardín, por una de las ventanas redondas que no tenían vidrios.

Desde aquella ventanita y por encima de la tapia cubierta de enredaderas secas, se columbraba un trozo de jardín del convento vecino. Una monja con caperuza blanca que le cubría la espalda, levantaba la azada con vigor y la dejaba caer pesadamente. La azada se metía en la tierra blanda, roja, cubierta a trozos por hierbajos espesos.

Así, en mi propia vida, sin que yo me diese cuenta, una trabajadora incansable iba abriendo una fosa. Una fosa que ya había sido cavada para mis abuelos. «Mon Verdaguer y los suyos», dice la lápida en el cementerio de Vich. Yo soy uno de *los suyos*. Me sentía extrañamente ligado en mis recuerdos a aquella casa, a aquel desván que era un pequeño cementerio de cosas pasadas.

En invierno, aquel lugar era inaccesible. El frío, semejante a afilados puñales, entraba por las redondas ventanas que con los años habían ido perdiendo los vidrios. El viento silbaba bajo las tejas, las arañas, tejedoras de pequeñas mortajas, morían agarradas a sus telas y los gorriones que se habían refugiado en el desván, ahuecaban el plumón y con la cabecita bajo el ala, se disponían a morir de frío, lentamente, espiados por los ojos ávidos de los ratoncitos que se cobijaban frioleros bajo las arcas desvencijadas.

En primavera llegaban las golondrinas y, saliendo y entrando continuamente por las ventanitas, llenaban el desván de gritos de alborozo. Después de las golondrinas venía el sol de verano un sol febril, enfermo de nieblas que aplicaban sobre la ciudad como mantos celestes, haciendo inhabitable el desván. Las polvorientas paredes, las vigas carcomidas, los baules panzudos, los valetudinarios muebles arrinconados, fermentaban poseídos de una repentina fiebre, emanando olores casi orgánicos; mientras que las pequeñas arañas, exaltadas por el verano maravilloso de la Plana, tejían sus singulares telas en las ventanitas redondas, semejando frágiles cortinitas de seda luminosa, donde bordoneaban desesperadamente, cautivos moscones de cristal.

De cuando en cuando, subía allí alguna criada y dejaba un objeto cualquiera, pobre víctima inservible e inútil. De esta manera se habían ido volatizando, pidiendo asilo a las alturas del desván, los viejos recuerdos, lo que se había dejado de

amar, lo que se había olvidado o lo que un nuevo mueble moderno había empujado fuera de la habitación para ocupar su sitio.

En una dulce tarde, impregnada de oros pálidos, encontré allí valiosos fragmentos de mi infancia perdida. Poseído de curiosidad, con un placer un poco angustioso, fui hurgando por aquel lugar, tan lleno de estas cosas llamadas familiarmente con el nombre genérico de trastos.

Mientras la monjita de la caperuza blanca cavaba en su jardín y los gorriones piaban tristemente en los tejados vecinos y despertaba, de cuando en cuando, en un vuelo angélico sobre la ciudad, la campanita vocinglera de algún convento, fui descubriendo en el suelo, dentro de los viejos armarios, en los recónditos baúles, pequeños objetos, pálidos, tristes y deslucidos, pero llenos de un mágico poder de evocación. *Al abrir un viejo baul, lo primero que ví, encima de la ropa antigua, fue la boina, violentamente roja de mi abuelo.*

Mi abuelo había sido empresario de obras. Tenía a su servicio un original y magnífico equipo de obreros que eran como una continuación de la familia. Todos estaban unidos, no sólo por el vínculo del trabajo, sino por un mismo ideal, un ideal romántico que les hacía brillar los ojos de entusiasmo y algunas veces de fanatismo. Todos lucharon juntos en las filas de Don Carlos. Antonio Oliva, llamado el «Menut», había andado por las Guillerías con la partida del legendario Vizconde de la Jara. Francisco, el anciano de largos cabellos blancos, había sido el fiel corneta del general Cabrera. Durante todas las campañas, durmió atravesado ante la puerta de la tienda del general, como un perro fiel y vigilante. Sus compañeros tuvieron buen cuidado de que permaneciese ignorada para él, la apostasía del general en Londres y él seguía pensando en Cabrera con el entusiasmo exaltado de los que aman el ideal por encima de todo.

En las veladas de invierno, la familia se reunía en torno al hogar. Allí yo, siendo niño, había oído contar algunas viejas historias.

Aquellos hombres estaban tristes. Los tiempos gloriosos del carlismo habían sufrido un colapso terrible y el porvenir de sus ideales se mostraba incierto. Los liberales se paseaban por la plaza de Vich, adoptando actitudes insolentes. Don Fernando Tapia, el jefe liberalote, que se había pasado muchos meses escondido en el palomar de la casa del abuelo y al cual éste llevaba todos los días la comida, el brasero y las mantas necesarias, andaba luego arrastrando por las calles de Vich un pesado espadón de miliciano de caballería, de vaina de metal, que, al chocar contra las piedras, hacía un ruido grotesco de lata vieja.

Las veladas familiares eran tristes, entonces. El fuego no lograba calentar aquellas almas que habían experimentado el mayor de los desencantos. El viejo corneta de Cabrera se había metido en un rincón y pasaba horas enteras sin decir palabra. El abuelo llevaba el bolsillo lleno de cartas anónimas llamándole «carca», «fraile motilón» y amenazándole de muerte. El no decía nada pero se consumía de rabia y de inquietud. Había tenido intenciones de bajar al sótano y desenterrar uno de los viejos fusiles de la partida, que tenía allí escondidos; pero, al fin, decidió andar por las calles de Vich sin armas.

Una noche, cuando se retiraba, al entrar en el zaguán de su casa, se detuvo un

momento perplejo, pues, contra lo acostumbrado, reinaba allí dentro la más completa oscuridad. El fanal de aceite estaba apagado. El abue o se acordó de los anónimos que llevaba en el bolsillo y pensó que, seguramente, sus enemigos estaban al acecho, esperándole en el zaguán y que para sorprenderle habían apagado la luz. Se sintió lleno de vergüenza porque, por unos segundos, había pensado en retroceder. Decidido, entró en el zaguán. Conocía bien el camino y avanzó recto hasta la escalera, se agarró a la barandilla y, al ir a subir el primer escalón, recibió un golpe tan formidable en la cadera que de no estar agarrado a la barandilla, le hubiera estampado contra la pared. Entonces el abuelo, lleno de rabia, cerró los puños y arremetió contra sus invisibles enemigos. Sus puños chocaron contra uno de ellos que se estremeció y respondió con un golpe violento. El estruendo que la lucha produjo dentro del zaguán, fue enorme. Los puñetazos redoblaban y los gritos del abuelo increpando a sus enemigos, eran estentóreos.

La partida, que se hallaba tranquilamente al calor del fuego, oyó el estrépito. Todos cogieron las luces y, seguidos de las mujeres de Mosén Blasi, que había llegado hacía unos momentos de San Julián, salieron a la escalera.

El espectáculo que vieron en el zaguán, fue extraordinario. El abuelo peleaba valientemente, a puñetazo limpio, con la mula del cura, que éste había dejado atada a la barandilla. Mi abuelo, avergonzado, subió las escaleras limpiándose la cara ensangrentada con el pañuelo. Se dirigió hacia el hogar y se sentó en su sitio. Los demás le siguieron en silencio. La conversación se inició como si no hubiera ocurrido nada. Pero, la sangre seguía rezumando por las heridas del rostro. De pronto, el abuelo se desplomó, de bruces contra el suelo.

Pasados quince días, salió por primera vez a la calle. Alguién, que debía haber pasado en el momento de la «batalla» por la plaza de los Mártires, hizo sin duda algún comentario. Desde aquel día, don Fernando Tapias, comenzó a pasear por la plaza, arrastrando el sable y mirando con aire insolente a los balcones de la casa. Hasta que el abuelo le vió, bajó a la calle y se le puso delante.

— Parece ser que el miedo te hace ver enemigos en todas partes — le dijo burlonamente don Fernando.

El abuelo no le contestó. Se abrazó a él y le levantó en vilo. El sable dejó de arrastrar por el suelo y se balanceó por el aire. Los huesos de don Fernando crujían, aprisionados por el abrazo hercúleo. El abuelo se metió en el zaguán y subió la escalera con su carga liberal en brazos. Así llevó a don Fernando hasta el palomar, que este conocía sobradamente. El otro sacó el sable. Mi abuelo le apretó el puño y le hizo soltar el arma. El sable cayó al suelo. El abuelo cogió el sable y encerró al jefe liberal en el palomar.

Al atardecer le subió la cena, el brasero y las mantas. Como en los buenos tiempos. A los tres días le soltó y le devolvió el sable.

Don Fernando Tapias volvió a arrastrar el espadón por toda la ciudad, menos por la plaza de Mártires, y con aire fanfarrón contaba que había estado ausente de Vich, durante tres días, en misión oficial.

El abuelo y los suyos le guardaron el secreto.

Pero, el corneta de Cabrera, el «Menut», el abuelo, toda la partida, habían

pasado, no quedaba ya ningún testigo de aquella lucha cuyos trofeos yacían arrinconados en el desván.

De pronto, me sentí poseído de un súbito y turbador respeto. Dentro de aquel gran baul, mezclado con un pueblo de polillas, estaba guardada la ropa de los muertos, los uniformes del abuelo, con sus charreteras doradas, los sables, las pistolas y hasta las viejas cartucheras. También estaba la levita negra y los pantalones a grandes cuadros del tío Joaquín, con cuyo indumento aparecía retratado en el álbum familiar que había en la mesa de la sala. El tío Joaquín se había ido a Londres en su juventud, llegando a ser un gran personaje en la Banca. De Sir Joaquín no quedaba más que aquella levita en cuyo sobrecuello se veía una etiqueta pequeña que decía: «WORTH-LONDON» y aquellos pantalones de milord. Después de muchos años de ausencia, había vuelto a la casa de la plaza de los Mártires. Arruinado, pálido, demacrado, consumido por la tuberculosis, acompañado de una miniatura representando una bella mujer. Fue enterrado con la miniatura de aquella desconocida. Era uno más, bajo la lápida MON VERDAGUER Y LOS SUYOS.

En un rincón del desván aparecía también el sillón de ruedas de tío Francisco, paralítico. De niño se había caído por una escalera y se había roto la columna vertebral. Sus piernas se volvieron blandas, no podían sostenerle y tuvo que vivir sentado en aquel silloncito forrado de hule, flanqueado por dos grandes ruedas. El pobre paralítico miró ávidamente las cosas que le era dado abarcar desde su reducido mundo, y murió a los diez y ocho años sentado en su sillón de ruedas, abandonando para siempre aquel pequeño coche negro en el que había realizado el corto viaje de su vida.

Comenzaba a atardecer. Cautelosamente penetraban indecisas sombras en el desván, adueñándose de los rincones.

Miré por una de las redondas ventanitas. El sol poniente doraba el cielo con ese oro pálido que sirve de fondo a los retablos góticos. El piar de los gorriones se había hecho más angustioso. La monjita que cavaba en el jardín del convento, había desaparecido y multitud de campanas dejaban oír sus voces armónicas, como serafines invisibles que elevan hacia el cielo áureo de la ciudad de Vich, su maravillosa plegaria.

Salí del desván y corrí el cerrojo. En la pared, el monigote con patas de gallina, se borraba bajo la sombra, como un recuerdo lejano que se desvanecía.

### A LA LUZ DE LA LÁMPARA

Mi padre era hombre de pocas palabras. Sin embargo, cuando en mi niñez, lejos de Cataluña, a la luz de la lámpara familiar, con el mantel tendido sobre la mesa, en una noche fría de invierno, nos contemplaba reunidos en torno suyo y oíamos la lluvia que repiqueteaba en los cristales, invitando a ese recogimiento en que parece que la casa adquiere toda la significación protectora y tradicional que se ha simbolizado en el techo, entonces él, a cualquier pregunta nuestra, enhebraba la aguja de la conversación y nos hablaba de aquellos años inolvidables y dichosos de su infancia.

Sus relatos se coloreaban de un modo vivo y palpitante, como un fiel reflejo de la realidad. Yo le escuchaba con los ojos fijos en el mantel y mi imaginación transfiguraba las cosas. Aquel blanco mantel iluminado de lleno por la lámpara de gas que pendía del techo, se me transformaba en la melancólica plana de Vich cubierta por la nieve y sobre aquella nieve de lino, imaginaba la ciudad romántica de la que me eran perfectamente conocidos los nombres de sus calles y plazas y los alrededores frondosos por donde pasaban el Meder y el Gurri y cantaban las fuentes y los ruiseñores.

De este modo yo revivía en un mundo ideal y poético, la infancia de mi padre y esta serie de sensaciones me aproximaban más a él, con un lazo nuevo y profundo. Nacía entonces en mí un dulce y triste sentimiento de camaradería y me imaginaba el encanto que hubiere constituido el poder seguir al niño de antaño, saltando a lo largo de los torrentes o a través de los campos cubiertos de nieve.

Yo creo que mi padre me hablaba tantas veces de su niñez, en mi infancia, precisamente para darme la sensación de lo íntimamente que se hallaba unido a mí y de éste modo la distancia que existe siempre entre la sensibilidad del niño y la sensibilidad del hombre, desaparecía casi por completo entre él y yo.

Otra cosa que siempre me impresionaba en sus relatos era la fidelidad y el amor inmutables hacia su tierra nativa y este amor su fue infiltrando en mí hasta tal punto que llegué a comprender y sentir que, la mayor prueba de respeto que yo podía dar a mi padre era la de amar la tierra paterna, la ciudad, las montañas, los árboles, las fuentes, los torrentes y los sembrados, los hombres que los cultivaban y los muertos que yacían bajo aquella tierra áspera, pero entrañablemente querida.

Claro que yo entonces no reflexionaba sobre nada de todo esto. Lo sentía profundamente y solo ahora que medito acerca de aquella época de mi vida, comprendo la intensidad con que experimentaba entonces esos sentimientos y lo indestructiblemente que quedan grabados en el corazón cuando han sido impresos en la infancia.

Ahora que estoy escribiendo estas consideraciones en una casita de Sarriá, mientras un pájaro, oculto en la enramada, hace revivir en mí, intensamente esta deleitosa impresión, mis ojos que ya solo pueden mirar hacia adentro, se clavan con obstinación y ternura en el lejano Montseny, porque sé que en la otra vertiente invisible, por debajo de las brumas azules, se extiende la tierra amada, donde ardió un viejo hogar ahora extinto, porque sé que en la lejanía se alzan los campanarios de la ciudad de Vich,